

COTOPAXI: ESPACIO SOCIAL Y CAMBIO POLÍTICO

Eloy Alfaro, Ana María Larrea Maldonado
Galo Ramón Valarezo, María Fernanda Vallejo,
Marjorie Viera



© CAMAREN - IEE, QUITO · ECUADOR, 2007

Título: Cotopaxi: espacio social y cambio político

Autores: Eloy Alfaro, Ana María Larrea Maldonado, Galo Ramón Valarezo, María Fernanda Vallejo, Marjorie Viera

Eje temático: Desarrollo local con énfasis en la gestión integrada de los recursos naturales

Institución coordinadora: Instituto de Estudios Ecuatorianos -IEE-

Coordinación de eje: Antonio Gaybor

Edición: Angel Bonilla, Pablo Ospina

Diseño Gráfico: Verónica Avila / Activa Diseño Editorial

Fotos: Dennis García (retiro portada). Archivo IEE.

Impresión: Activa Diseño Editorial

Auspiciantes: COSUDE, Embajada Real de los Países Bajos

Organismo internacional asesor: INTERCOOPERATION

CAMAREN: administracion@camaren.org / sicam@camaren.org

Ave. Amazonas y Eloy Alfaro Edif. MAG 7mo piso, Quito, Ecuador telf (593-2) 2563 419 / 2563 485

IEE: iee@iee.org.ec

San Ignacio 134 y 6 de Diciembre

INTRODUCCIÓN

UNIDAD 1	
COTOPAXI AL DEBATE: 1740-2001	9
GALO RAMÓN	

INTRODUCCIÓN	10
---------------------	-----------

CAPÍTULO 1	
EL CORREGIMIENTO DE LA TACUNGA ENTRE 1740-1910	12
Ubicación y ambiente	12
Administración y pueblos del Corregimiento	15
De la crisis textil a los complejos “obraje-hacienda”	16
Los señoríos y parcialidades indígenas	20
El sistema hacendario en el siglo XIX	22

CAPÍTULO 2	
LA MODERNIZACIÓN AGRARIA: 1910-1990	27
La diferenciación campesina	32

CAPÍTULO 3	
EL COMPORTAMIENTO POLÍTICO INDÍGENA	36
Indios sueltos e indios de hacienda y poder local	37
La organización de los indios de hacienda, la comuna y las organizaciones actuales	38
El avance sobre los gobiernos seccionales	41

CONCLUSIONES	42
---------------------	-----------

BIBLIOGRAFÍA	44
---------------------	-----------

COTOPAXI: BIBLIOGRAFÍA COMENTADA 1740-2001	47
---	-----------

ANEXO: PAUTAS PARA ESCRIBIR MONOGRAFÍAS LOCALES	51
--	-----------

UNIDAD 2	
ESPACIO Y PODER EN TRES ORGANIZACIONES DE LOS ANDES DE COTOPAXI	59
MARÍA FERNANDA VALLEJO	

INTRODUCCIÓN	60
---------------------	-----------

CAPÍTULO 1	
ESTRUCTURAS ELEMENTALES DEL ESPACIO EN EL COTOPAXI ANDINO (O LA MISMA HISTORIA MIRADA DESDE COTOPAXI)	64

CAPÍTULO 2	
ESTRUCTURAS Y ARTICULACIONES DE PODER FRENTE A LA CONFIGURACIÓN DEL ESPACIO: UNA MIRADA DE LA HACIENDA A LOS PODERES LOCALES (O LA HISTORIA DEL ESPACIO DESDE LA RESISTENCIA)	69
El continuum obraje/hacienda como espacio para la persistencia de la indianidad	69
La “campesinidad” de la resistencia	70
La construcción del sujeto político a partir de la emergencia y acumulación de los sujetos colectivos	72

CAPÍTULO 3	
EVOLUCIÓN HISTÓRICA DEL ESPACIO LOCAL A PARTIR DE LA REFORMA AGRARIA	75
“Lo andino, la hacienda y el desarrollo local” en la construcción de imaginarios y espacios	76
BIBLIOGRAFÍA	89
UNIDAD 3	
PROCESOS DE OCUPACIÓN DEL ESPACIO Y LINEAMIENTOS DE GESTIÓN EN EL PÁRAMO DEL CANTÓN SAQUISILÍ, PROVINCIA DE COTOPAXI	93
MARJORIE VIERA	
CAPÍTULO 1	
EL PÁRAMO	94
Caracterización general del páramo	94
Consideraciones generales del páramo	94
Recursos del páramo	95
Beneficios del páramo	95
Importancia ecológica del páramo	96
CAPÍTULO 2	
PROCESOS DE OCUPACIÓN DEL ESPACIO CON ÉNFASIS EN EL ESPACIO - PÁRAMO	97
Antecedentes	97
Las haciendas serranas a comienzos de la década de 1960	98
Ubicación del área de influencia dentro del contexto local	101
CAPÍTULO 3	
EL PÁRAMO EN LA ÉPOCA DE HACIENDA	103
Ocupación del páramo por poblaciones libres	104
Ocupación productiva del páramo en la época de hacienda	105
CAPÍTULO 4	
EL PÁRAMO A PARTIR DE LA REFORMA AGRARIA	106
CAPÍTULO 5	
EL PÁRAMO EN LA COMUNIDAD	109
Control del territorio en la comunidad	109
Crisis de fertilidad. Parcelación de tierra	109
Nueva noción del hábitat	112
Recuperación del ejercicio del poder	113
CAPÍTULO 6	
EL PÁRAMO COMO PARTE DE UNA GESTIÓN LOCAL	115
CAPÍTULO 7	
ESTRATEGIAS DE GESTIÓN PARA EL MANEJO SOSTENIBLE DEL PÁRAMO	116
Uso actual del páramo	116
Estrategias de manejo sostenible del páramo	118



UNIDAD 4	
LOS PÁRAMOS OCCIDENTALES DE COTOPAXI: DINÁMICAS SOCIALES, HISTORIA AGRARIA Y CONSERVACIÓN	123
ELOY ALFARO	
INTRODUCCIÓN	124
Definiciones previas	126
Corolario	128
CAPÍTULO 1	
CONFIGURACIÓN DEL PAISAJE PRODUCTIVO Y DEL ENTORNO NATURAL DE LA ZONA DE ESTUDIO	129
Los páramos occidentales de Cotopaxi	129
CAPÍTULO 2	
DETERMINACIONES SOCIALES EN EL PAISAJE DE LAS ZONAS DE ALTURA DE COTOPAXI	135
Elementos para una discusión: etapas de ocupación de las zonas de altura de Cotopaxi	135
CAPÍTULO 3	
EL PÁRAMO UN ESPACIO SOCIO-AMBIENTAL DE VIDA	151
Páramos: Mitos, Biodiversidad e Historia	153
BIBLIOGRAFÍA	163
UNIDAD 5	
LOS DESAFÍOS DEL PROCESO DE DEMOCRATIZACIÓN EN COTOPAXI	167
ANA MARÍA LARREA	
INTRODUCCIÓN	168
CAPÍTULO 1	
DEMOCRACIA Y CONSTRUCCIÓN DE SUJETOS SOCIALES PARA EL DESARROLLO LOCAL	171
Las democracias latinoamericanas	174
¿Otra democracia ...es posible?	175
Ciudadanía y participación	179
Democracia y ámbitos locales	181
CAPÍTULO 2	
LA PROVINCIA DE COTOPAXI	183
CAPÍTULO 3	
LA CONSTRUCCIÓN DE UN NUEVO MODELO DE GESTIÓN EN COTOPAXI	187
La construcción de un nuevo gobierno local	188
La Democratización	189
Gestión para el desarrollo local	190
CAPÍTULO 4	
LOS DESAFÍOS DEL PROCESO DE DEMOCRATIZACIÓN EN LA PROVINCIA DE COTOPAXI	192
LA CONSTRUCCIÓN DE UN NUEVO GOBIERNO LOCAL	192
El desafío de la escala	192
El desafío de la participación	198
El desafío de la institucionalidad	203
El desafío de la eficacia	206
CONCLUSIONES	209
BIBLIOGRAFÍA	212



UNIDAD DOS

Espacio y poder en tres organizaciones de Los Andes de Cotopaxi

María Fernanda Vallejo*

*Documento elaborado originalmente como tesis para el Curso "Desarrollo Local con énfasis en la Gestión de Recursos Naturales", IEE - CAMAREN.
Diciembre, 2003

INTRODUCCIÓN

La historia política de un territorio es, en última instancia, la historia de las relaciones específicas entre espacio y poder. En este sentido, el espacio de la América hispana hasta el siglo XVIII fue el de las corporaciones y las jerarquías étnicas y sociales. La crisis de la monarquía, la irrupción del constitucionalismo moderno y la organización de las nuevas repúblicas inaugura un proceso que pertenece a la primera hornada histórica de unos nuevos Estados con vocación nacional. Lo cierto es, sin embargo, que el estudio de estos procesos se ha visto tradicionalmente arrinconado en las monografías canónicas sobre el tema.

El presente trabajo pretende abordar la problemática del espacio, entendido como una construcción social cambiante en el que se expresan permanentemente formas y relaciones de poder.

En las distintas formaciones socio-espaciales ha estado históricamente definido el papel que tienen los sujetos sociales en la construcción o apropiación de su territorio. En toda formación social, las categorías genéricas de actores (locales y externos) interactúan en el espacio según sus modalidades y en función de sus posturas, que reflejan conjuntamente su identidad propia y su posición en las relaciones de clase o de grupos.

En las sociedades modernas, los actores sociales han vivido el territorio como un producto, un campo de acción y se han situado en él, sobre todo a partir de su utilización económica; de la misma manera, los actores

sociales han identificado al territorio como substrato y regenerador de su cultura, sobre el que se insertan las dimensiones económicas y políticas de su existencia o de sus estrategias. Ahí, los actores, sobre todo los locales, no se separan jamás del espacio que les originó o al cual se encuentran arraigados; esos fuertes vínculos provienen de un proceso profundamente enlazado a través de flujos de información, que se establecen a partir del espacio social de referencia: pueblo, comunidad, barrio, ciudad, etc., además de las redes interpersonales y los lazos familiares.

De esta manera, la construcción de los territorios ha operado gracias a las interacciones entre sujetos y actividades productivas, pero sobre todo, por la puesta en práctica de estrategias operacionales que se apoyan sobre la cultura y la historia. Entre esas estrategias destacan: La movilización del “saber-hacer”, los fenómenos de aprendizaje colectivo, los modos o formas de cooperación y de asociación entre los actores y las prácticas de adaptación que se desarrollan en escala local.

El control de territorios y los recursos en él existentes constituye uno de los soportes fundamentales en el ejercicio de poder. Una lectura en perspectiva de las dinámicas de configuración de los territorios en función de la ocupación, uso, explotación y acumulación, podría permitir una comprensión más adecuada de las estrategias de control del espacio de los distintos sujetos sociales que actúan sobre él.

El espacio es pues, una instancia producida socialmente en función de la reproducción física y social, la apropiación, explotación, intercambio y manejo (control) de un territorio (Ospina 2003: iv); y por ello, es también campo de disputa. Esta definición supone, como hemos señalado, una relación con el territorio, los sujetos sociales y el poder.

En tanto producto social, el espacio está sujeto a la construcción de lo que Agudo (2000) denomina “representaciones sociales” como formas particulares de construcción social, que contribuyen a promover y orientar las acciones de los actores sociales (sus posiciones y relaciones). Este ámbito subjetivo que dota de historicidad al territorio y contribuye a la definición de identidades, es el que nos interesa incluir en la comprensión de las relaciones espacio-poder.

Para definir la configuración espacial de Cotopaxi en las dos últimas décadas, es necesario entender las distintas formas sociales de producción constituidas de acuerdo a los requerimientos del desarrollo capitalista. En tal virtud, incluimos una primera forma fundamental de interpretar el poder:

“el poder tiene la función de mantener las relaciones de producción y una dominación de clase que favorece su desarrollo, así como la modalidad específica de la apropiación de la fuerza productiva que lo hacen posible”.

“El intercambio desigual es la forma común que adopta el capital en el tiempo y en el espacio, como una ley del desarrollo que da cuenta de ciertos movimientos y permite explicar por qué las fuerzas productivas operan de forma dispar”¹.

El capital entonces, por sí mismo construye relaciones sociales contradictorias que se expresan en los espacios.

El uso de estas categorías de análisis, sin embargo, no nos permite hacer una lectura detallada de las formas sociales, discursos y relaciones que subyacen el proceso de apropiación y uso del territorio por parte de los distintos actores. Nos interesa indagar cómo se han dado los procesos de expropiación y resistencia, no solamente desde las dinámicas económicas, sino fundamentalmente ideológicas, de constitución de los espacios.

Recurriremos entonces, a algunos elementos centrales de la definición foucaultiana de poder que den cualidad a nuestra primera afirmación. La sujetividad, para Foucault, es una creación del poder, puesto que de distintas formas, convierte a los seres humanos en sujetos. Los sujetos no estamos ni completamente auto-determinados, ni completamente determinados por el poder: los límites que se nos imponen aunque sean represivos, nos brindan la posibilidad de tener una identidad y la capacidad para actuar, incluyendo la de resistir el poder que *nos ha hecho ser lo que*

1 Hector Mario Capraro, “Agricultura y Región” en Cuadernos de Economía Política 2, Universidad de Luján, 1986.

somos. La resistencia y la transgresión son posibles porque en las relaciones de poder no hay estados de completa dominación: el poder es en realidad una red abierta, más o menos coordinada, de relaciones. La resistencia es posible cuando el poder empuja hacia sus límites²

Buscamos identificar a las federaciones comunales (OSG), en su dimensión de sujetos sociales, capaces no solo de generar respuestas ante las imposiciones del poder sino de construir nuevas formas de poder en lo local. La conciencia de su entorno, y de su potencialidad transformadora sobre éste, como un proceso de aprendizaje colectivo de las organizaciones, grupos o comunidades, en términos de construir una visión de conjunto sobre sí mismos, sobre sus intereses y fines, y sobre los medios para alcanzarlos de manera eficaz, los convierte en sujetos sociales con capacidad de proponer (reflexionar, analizar, procesar la realidad) y ejecutar (decidir, transformar la realidad).

Mediante estas herramientas, trataremos de entender cómo las organizaciones de segundo grado van experimentando transformaciones fundamentales en sus estrategias de supervivencia: desde la lucha por el acceso a los medios de producción, pasando por ejecución de proyectos de desarrollo, hasta llegar a la venta de servicios ambientales o a la concertación sobre el manejo de recursos naturales en los escenarios de poder local. Creemos que las estrategias de dominación y los discursos e imaginarios contruidos desde el poder han dado lugar a que las organizaciones modifiquen sus proyectos políticos,

reconfiguren sus estructuras y reorienten sus discursos en torno a la concertación y a la capacitación técnica como herramientas de desarrollo. Esto les permite la negociación de recursos que progresivamente desaparecen del Estado y se distribuyen desde las agencias de desarrollo.

El presente trabajo, desarrollará su análisis, tomando como referencia a tres organizaciones de segundo grado de Cotopaxi: UNOCANC, JATA-RISHUN, UOPICJJ, constituidas en distintos momentos históricos en torno a diferentes ejes movilizadores.

Es en este marco que se producen dos hechos fundamentales para fines del presente trabajo: por un lado, la concreción de una contrarreforma agraria y privatización del agro, aupadas por la reacción terrateniente; y por otro, la emergencia del Movimiento Indígena como sujeto político interpelador del Estado, a raíz del Levantamiento del Inty Raimy.

En el primer caso, asistimos a un golpe letal contra el más importante intento de control territorial y de configuración de una lógica productiva colectiva. Este intento se sostuvo en las zonas en las cuales predominó una vía campesina de desarticulación de la hacienda.

En el otro caso, nos encontramos con la confluencia de múltiples procesos reivindicativos y la conjunción de proyectos contrahegemónicos rurales, afincados en identidades étnicas y campesinas, capaces de enfrentar al estado, ya no en sus formas locales, sino como expresión hegemónica nacional.

2 Dinerstein, Ana, "Subjetividad: Capital y la materialidad abstracta del poder (Foucault y el Marxismo Abierto)", Primeras Jornadas de Teoría y Filosofía Política 21 y 22 de Agosto de 1998, Facultad de Ciencias Sociales, UBA Buenos Aires, versión en línea.

ESTRUCTURAS ELEMENTALES DEL ESPACIO EN EL COTOPAXI ANDINO

(o la misma historia mirada desde Cotopaxi)

Lo local se configura de acuerdo a las pautas que van marcando las dinámicas extractivas imperantes en los distintos momentos históricos y a las posibilidades de articulación a las mismas. En ese sentido, el territorio local (y sus recursos) constituye el primer espacio de extracción en la lógica de acumulación del capital. La intensidad de esa extracción estará entonces, directamente relacionada con el nivel de articulación de los espacios y el modelo imperante en cada momento.

Como parte de una herencia de los siglos anteriores cuyas dinámicas económicas permitieron una articulación directa con mercados regionales a través de la producción textil-obrera, en el Cotopaxi andino se produjo una cierta especialización orientada a la producción agropecuaria para el consumo interno. La región se caracterizó por una alta concentración de tierras fértiles en pocas manos y la utilización de las tierras altas y páramos como áreas de pastoreo y reserva de leña y agua.

La liberación de fuerza de trabajo sujeta en las haciendas, presiona a las élites terratenientes a desarrollar algunas estrategias determinantes:

- La constitución de alianzas, sobre todo matrimoniales, con las burguesías costeñas, que permiten la articulación financiera a la lógica agroexportadora. Esta estrategia resultaría ventajosa durante la larga crisis de las exportaciones de cacao.

- El inicio de procesos de modernización de las haciendas a través de la reducción del tamaño de las propiedades y la incorporación de nuevas tecnologías para la producción. En Cotopaxi se activa tempranamente una reestructuración de la propiedad de la tierra y un mercado de tierras agrícolas.

La agroexportación bananera como vehículo de articulación al mercado global, consolida definitivamente este proceso modernizador. La tecnificación de las haciendas impulsó fuertemente la producción ganadera en los valles fértiles del callejón interandino, que se fue extendiendo progresivamente a las unidades productivas campesinas; y permitió la instalación de agroindustrias lecheras. Estas dos dinámicas aceleraron la modernización de importantes zonas campesinas bajo su influencia y la reconfiguración de pueblos como Guaytacama o Lasso, cuyos habitantes optaron por articularse como fuerza de trabajo o proveedores de servicios y abastecedores de leche. Los campesinos de los valles, encuentran grandes posibilidades de vinculación directa al mercado, a través del monocultivo de papas, hortalizas o la producción lechera (véase Pachano, 1986).

Las reformas agrarias, ejecutadas a medias durante la segunda mitad del pasado siglo y una predominante estrategia *junker* de modernización agraria, fueron configurando el escenario local como un espacio productivo subsidiario dentro de una economía nacional orientada a la exportación. En ella de productos primarios,

donde el mercado interno se va constituyendo en el foco movilizador de la producción hacendaria

La presión campesina por las tierras crece, la reforma agraria se vuelve un imperativo y da lugar en algunos casos a una vía campesina de recuperación de territorios³, conviviendo con estrategias *junker* de los terratenientes. Se acelera el desplazamiento de la población indígena hacia las tierras altas y zonas de páramo. La modernización trae consigo una mayor segmentación social y económica, una apertura y dinamización del mercado de tierras.

Durante las reformas agrarias, sus efectos desconcentradores de la tierra (particularmente en las zonas altas) incrementan la presencia de pequeñas y medianas posesiones. Continúan y se profundizan las estrategias de modernización de las haciendas. Entre ellas destacan la extensión de las propiedades a través de la compra a pequeños campesinos, la maximización de la productividad mediante la incorporación de maquinaria y tecnología, la priorización de la producción pecuaria, la articulación a procesos agroindustriales y la vinculación estrecha con dinámicas económicas nacionales de agroexportación y mercados financieros. Esta dinámica determinaría la configuración de algunas poblaciones cuya economía y organización social se encuentran estrechamente vinculados a las haciendas.

“Hasta la reforma agraria de 1964, puede caracterizarse a Cotopaxi como una provincia donde predominaba el sistema de hacienda, en el que se había producido un acceso limitado a

la tierra para comunidades y pequeños propietarios”. (Ibarra y Ospina, 27:1994).

De cualquier modo, los campesinos acceden a tierras propias donde se replican, en malas condiciones, los modelos de producción de alimentos para el mercado interno y/o se desarrollan economías campesinas de subsistencia. En esas condiciones, creció paulatinamente la demanda por la tierra, particularmente entre los campesinos indígenas, que ven aparecer y crecer sus formas organizativas, en especial las OSGs, como instancia de intermediación para el acceso a servicios y recursos.

El boom petrolero, trajo la presencia de las agencias del Estado (BNF, ENAC, ENPROVIT, Desarrollo Rural Integral) con un proyecto modernizador para el campo que consolida a Quito como un enorme mercado de alimentos y de fuerza de trabajo, que Cotopaxi puede abastecer.

Por otro lado, los terratenientes, habiendo conservado las tierras fértiles de los valles, se van especializando en la agroindustria –principalmente lechera– y en la producción agroexportadora de flores, frutas y hortalizas. Estas actividades subvaloran la mano de obra campesina circundante, concentran el agua de riego disponible y generan desechos contaminantes en los suelos y los ríos.

En este contexto, los recursos naturales –en tanto recursos productivos– han sido mayoritariamente objeto de sobre explotación. Las actividades agroindustriales y agroexportadoras concentran el 80%⁴ del agua de riego disponible en la provincia, al tiempo

3 Un caso representativo es de las Cooperativas Cotopilaló, Rasuyacu Corazón, Rasuyacu Chiguinto, Mushuc Patria que conformarían la primera base social de la UNOCANC.

que han provocado niveles insostenibles de contaminación del Río Cutuchi principal abastecedor de los sistemas de riego en los Cantones Latacunga, Saquisilí y Salcedo. La inexistencia de mecanismos de monitoreo y regulación de agrotóxicos en las agroempresas, provoca un importante deterioro de los suelos y efectos nocivos para la salud de los/as trabajadores/as (tanto en la región interandina como en el subtrópico).

La retirada del Estado favorece el protagonismo de las ONG's y agencias de cooperación, que concentran sus esfuerzos de modernización en las poblaciones indígenas y en su incorporación al mercado. La influencia de las iglesias, las ONG's y la educación bilingüe, permitiría la emergencia de cuadros indios con fuerte perfil tecnocrático, que asumirían posteriormente el ejercicio de los gobiernos locales.

Las políticas de ajuste estructural, la clausura de la Reforma Agraria y la liberalización de los mercados de tierras comunales, entre otros factores, han incidido en un acelerado avance de la frontera agrícola y una insostenible minifundización. Las áreas de páramo de la cordillera occidental⁵ se encuentran amenazadas, sus fuentes hídricas presentan una franca disminución. Existen cantones, como Saquisilí, que atraviesan por una ver-

dadera crisis ecológica, con procesos erosivos acelerados. Las áreas protegidas por el Estado, en particular la Reserva Ecológica de Los Ilinizas, sufren una intensa presión tanto en la zona interandina como en las estribaciones de la cordillera⁶.

Resulta interesante mirar este proceso desde la perspectiva comunal. Desde la perspectiva del poder, los campesinos empobrecidos por el ajuste, se convierten en los principales agentes de la destrucción ecológica. Sin embargo, a pesar de las políticas y discursos hegemónicos direccionadas a debilitar la lucha por los medios de producción, el proceso de acumulación de fuerzas del campesinado indígena ha mantenido la disputa por el acceso al riego y el empleo adecuado del agua. También ha luchado por el control sobre los ecosistemas y bosques, principalmente de altura, que se encuentran en territorios actualmente ocupados por las comunidades indígenas.

Junto con ellos, aunque fue parcialmente abandonado por el movimiento indígena, la modificación de la estructura de la tenencia de la tierra es todavía una exigencia fundamental de las comunidades para garantizar la seguridad alimentaria de su población.

De ahí la persistencia de una agricultura que se resiste a abandonar un

4 El PPDPC, determina que la provincia cuenta con apenas el 20% del territorio con riego

5 Las lógicas productivas descritas, dan cuenta también de una diferenciación étnica del espacio, caracterizada por el desplazamiento de la población indígena hacia las tierras altas de la cordillera occidental, ejerciendo presión sobre el páramo y la reserva de los Ilinizas. Los valles fértiles de la hoya del Patate han sido ocupados por agroempresas y medianos propietarios, en su mayoría mestizos, plenamente articulados a los circuitos de mercado. La cordillera oriental presenta grandes haciendas (1000 Ha o más según el PPDPC), medianos propietarios mestizos y áreas protegidas (Cotopaxi, Llanganates).

6 Existen esfuerzos desde el gobierno provincial por establecer políticas ambientales que enfrenten esta problemática, que se encuentran en un nivel bastante prístino. Algo parecido sucede en el caso de Saquisilí. Las pocas capacidades institucionales y las características actuales de la participación ciudadana, no presentan de momento, condiciones óptimas para abordar con eficacia el tema. Sin embargo, se encuentran en marcha dinámicas de negociación con el Estado nacional a fin de asumir competencias para la gestión ambiental.

patrón mínimo de autoconsumo y la mediación de recursos del desarrollo por parte de las OSG's, para lograr pequeñas inversiones en conservación de los suelos, manejo de páramos y reforestación.

Tanto las características de las lógicas productivas, como las huellas dejadas por éstas, permiten también aproximarnos al tipo de relaciones predominantes.

Por un lado, la hegemonía de las agroempresas, cuyos propietarios no residen, ni tributan, ni participan en las dinámicas de la provincia, ni tampoco rinden cuentas al gobierno local. Sin embargo, sus economías articuladas a los mercados internacionales o vinculadas a la dinámica nacional, determinan las relaciones económicas y políticas internas.

Por otro lado, las pequeñas unidades campesinas –mayoritariamente indígenas–, que se han visto expresadas políticamente en las OSG's y el MICC, que realizan esfuerzos permanentes por constituir un poder contra hegemónico que les permita combatir su creciente empobrecimiento.

La diferenciación étnica del espacio provocada por el proceso descrito en párrafos anteriores, se expresa en una relación conflictiva entre los espacios de circulación –predominantemente mestizos– y los espacios de producción campesina, mayoritariamente indígenas. Los primeros son el escenario de extracción de la renta local y el control de la capital.

La necesidad de acceso a los medios de producción, fundamentalmente tierra y agua, constituye un factor

de permanentes conflictos intercomunales. Aparentemente, las formas agroempresariales de control de los recursos y la presencia de un discurso del desarrollo, habrían resultado eficaces *distractores* de los campesinos, que no verían en ellas los verdaderos rivales en la disputa por los recursos.

Al mismo tiempo, sin embargo, la resistencia campesina avanza hacia la ocupación de los gobiernos locales como espacios simbólicos de poder. Esto y fortalece la mirada hacia dentro de sus territorios como ejes movilizados en aras del control (ya no solo acceso) de los recursos.

La base del desarrollo local de Cotopaxi sigue siendo fundamentalmente agropecuaria. El acceso privilegiado de las agroindustrias al mercado financiero centralista facilitan el desarrollo de una producción agroexportadora de flores y hortalizas, que convive con la producción lechera y que articula la mano de obra campesina circundante. En los escenarios locales de Cotopaxi, casi no se generan instancias financieras propias, la mayoría son sucursales de la banca quiteña. Adicionalmente, las agroindustrias y agroexportadoras, tributan en Quito.

En síntesis, el espacio local queda distribuido así: la cordillera occidental, poblada de campesinos indígenas, con insuficiente tierra; los valles bajo el control de agroempresas y las zonas circundantes a los valles, donde se produce un acelerado “amestizamiento” de los campesinos con mejores tierras y buenas oportunidades de articulación al mercado; los terratenientes, ahora agroindustriales, estrechan sus vínculos con Quito (Latacunga) y Ambato (Salcedo).⁷

7 Este Cotopaxi andino, no guarda muchas relaciones con el Cotopaxi subtropical, tributario directo de Quevedo y Guayaquil, contribuyente importante, a través de grandes y medianas propiedades, de banano para la exportación.

CAPÍTULO 2

ESTRUCTURAS Y ARTICULACIONES DE PODER FRENTE A LA CONFIGURACIÓN DEL ESPACIO: DESDE LA HACIENDA HASTA LOS PODERES LOCALES (o la historia del espacio desde la resistencia).

El rápido recorrido geohistórico hasta ahora realizado, da cuenta de los procesos de acumulación de capital desde los grupos hegemónicos, en donde resulta evidente la subalternidad del campesinado, particularmente del campesinado indígena. Los escenarios descritos expresan espacialmente una larga y tortuosa transición hacia el capitalismo que habría de trazar las reglas de juego y marcar los campos de disputa en los que la resistencia desarrollaría sus propios procesos acumulativos. No expresa, sin embargo, los procesos dialécticos, confusos, que han implicado la construcción permanente de estrategias –viables o no, exitosas o no– y el desarrollo de planteamientos de potencial insurgente frente a la avanzada del capitalismo.

Una mirada campesina indígena de la historia no sigue las mismas pautas delineadas por el proceso hegemónico. Aparecer más bien, como una dinámica de permanentes idas y retornos como sujetos sociales (unas veces esbozados y otras, bien definidos) desde los enclaves locales hasta el Estado. Supondría un largo proceso de identificación, conocimiento y reconocimiento de los dominantes, así como de los objetos y campos de disputa.

Desde esta perspectiva de la historia, la subalternidad juega con su potencialidad de insubordinación, con su pequeña capacidad de competencia económica y simbólica para generar respuestas, y en ocasiones, iniciativas

contrahegemónicas. Éstas configuran un largo y sumamente móvil tejido de avanzada en el cual se fueron imbricando cuidadosamente, acumulados identitarios, pequeños controles espaciales construidos desde lo simbólico y estrategias productivas.

Tendríamos entonces, en el marco de los hitos de construcción hegemónica, procesos de resistencia signados por eventos subversivos y por la resignificación y funcionalización de las formas de poder. La resistencia tiene un fuerte asidero ideológico y una gran necesidad de sostener sus bases materiales de reproducción aún desde la subalternidad. Para ello recurre a dos elementos claves: la reafirmación de su existencia como colectivo, de su organización comunitaria como fuerza básica y la confluencia entre lo que podríamos llamar la cultura de la intersubjetividad, con la cultura de la otredad (Ceceña, 1998). Planteamos por ello una historia donde los escenarios de acumulación de poder se constituyen en espacios donde los recursos descritos se ejercen en aras de la construcción de contrapoder.

La hacienda, ese espacio nodal de la acumulación terrateniente, ha sido también reducto para la reproducción india. Ahí donde la tríada del poder religioso, civil, y poder económico concretaba el ejercicio de la dominación y la acumulación; la resistencia consolidó mecanismos de sujeción y reciprocidad que por un lado condicionaron el control absoluto de la fuerza

de trabajo, de los recursos disponibles y de los medios de producción; y, por otro, mediante la resignificación permanente del corpus ideológico dominante, impidieron la destrucción de la identidad cultural indígena.

Estudios etnográficos en distintos momentos han permitido acercarnos a la otra cara de la hacienda, aquella que la muestra como un espacio donde los márgenes de movilidad de los sometidos son muy grandes. Desde una lectura foucoltiana, los campesinos indígenas, en tanto no fueron completamente designados, leídos, clasificados, significados, tuvieron la posibilidad de desarrollar y fortalecer una amplia gama de relaciones sociales intrahogar e intercomunitarias (comunidades libres y comunidades sujetas)⁸ que burlaron la aparentemente omnipresente mirada del poder de tres cabezas. De hecho, lo involucraban y ejercían presión sobre él.

Sostenidos en el ámbito de lo simbólico, los campesinos consagraron en los espacios festivos una suerte de “economía moral” que conminaba fuertemente a los dominantes a la práctica permanente de la reciprocidad y la redistribución. El manejo de socorros y suplidos como subsidios dentro de la hacienda; la sistemática recurrencia de hurtos y usos no autorizados de los recursos existentes en el territorio; el uso de la mediación de doble vía ejercida por kipus y regidores, cuya figura en realidad fue constituida para el ejercicio de la coerción y vigilancia, describen de alguna manera a los campesinos

como sujetos que se constituyeron a sí mismos en relación, en conflicto y en presencia de sus dominantes, y a partir de ello construyeron una identidad propia.

La primera y más larga figura de la resistencia al poder, se va construyendo en el escenario de la vida cotidiana normada por la hacienda. Es aquí donde se libran las primeras batallas contra el enemigo inmediato, contra los efectos del poder, de ahí su aparente anarquía (Tiscornia, 2003). Esto explicaría la heterogeneidad de las sucesivas revueltas campesinas al interior de la hacienda, que, en ocasiones afectaron exclusivamente a los terratenientes locales mientras que en otros momentos ponían en cuestión las estructuras mismas de la hegemonía: la legitimidad del poder estatal constituido blanco mestizo, terrateniente, católico, expoliador.⁹

Además de las herramientas étnico-culturales y las sublevaciones violentas, los escenarios locales estuvieron permanentemente atravesados por una búsqueda de nuevos significados para los modelos productivos, y una resistencia a la racionalización de la producción en las haciendas.

Según Thurner (2000), la transición al capitalismo en las haciendas, fue permanentemente condicionada y negociada por parte de los campesinos, lo que puede verse como una lucha histórica de “micropolíticas culturales”. El mismo autor considera que el ejercicio de contrapoder campesino expresado en el permanente asedio a la hacienda, determinó en

8 Véase Turner, 2000

9 La etnografía describe revueltas intra hacienda por maltratos o incumplimiento de los compromisos de reciprocidad, pasando por levantamientos en contra de impuestos, hasta sublevaciones como la de Daquilema que desconocen al Estado Terrateniente de García Moreno y reivindican la legitimidad de un gobierno de indígenas.

gran medida los modelos de modernización capitalista. Ese asedio devino en movilización política que interfirió en muchos procesos Junker de transición, forzando vías campesinas de disolución de la hacienda (Turner, 2000).

Las transformaciones generadas por la revolución liberal, significaron un golpe duro para la gran propiedad como modelo productivo. En su interior y en su entorno, esta circunstancia favoreció la configuración de un campesinado cuyas estrategias étnicas de producción y circulación se mantenían en cierta forma al margen de las exigencias de incorporación a la dinámica del capital. Al mismo tiempo esta estrategia recurría a las regulaciones modernizadoras emanadas desde los escenarios nacionales, para resquebrajar el poder terrateniente local.

De este modo, los campesinos apelaron a la legislación y disputaron en el ámbito formal la aplicación de leyes ganadas con la revolución liberal, como el derecho a conservar tierras comunales y zonas de pastoreo. Es desde una identidad de clase que emergen en movilizaciones violentas durante la crisis del cacao, en el mismo momento en que se producen las primeras luchas obreras y urbanopopulares. Muchas de las estrategias de asedio a las tierras están signadas también por esta identidad. Se establecen formas organizativas como los sindicatos campesinos, se resignifican las comunas, se producen vínculos con la izquierda, que dan lugar a organizaciones políticas como la FEI, y posteriormente la FENOC, o la ECUARUNARI.

Encontramos dos campos simultáneos de la disputa. Por un lado el reducto cultural “precapitalista” que

ha logrado la permanencia de formas colectivas de producción y circulación, que se mantiene desconocido y al margen de la norma y que, desde la resistencia a la modernidad coaccionó las estrategias terratenientes. Por otro lado, tenemos el escenario de lo formal, que encuentra en la normativa del Estado y en las convenciones de la lucha de clases, herramientas para acceder a los medios de producción. Las huelgas campesinas, la demanda por el establecimiento de un régimen legal que regule el trabajo agrícola, la consecución de derechos laborales, la adscripción a los postulados marxistas de las nacientes izquierdas o la búsqueda de encuentros con las luchas obreras, son algunas de las manifestaciones de la configuración de un movimiento campesino que había rebasado las fronteras locales para ser mirado por el poder nacional.

El Estado, por su parte, habría de desarrollar mecanismos para desactivar la disrupción dotando de estatuto jurídico a las comunidades campesinas y estableciendo una “retórica de la legislación como discurso” (Iturralde, 1988). Es decir, buscó congelar los derechos en la norma.

Los períodos circundantes a las reformas agrarias, particularmente la primera, reivindican fuertemente la incidencia de la lucha campesina en la redistribución de la tierra y el agua. No obstante es cierto que la hegemonía impuso en última instancia una distribución desigual, viciada de injusticias e irracionalidades.

La primera reforma agraria ubicó al medio rural como un campo de disputa con tres frentes: el Estado (capitalista), los terratenientes (precapitalistas), los campesinos (anticapitalistas). En el centro de esta disputa, el

control de los medios de producción y la fuerza de trabajo. El saldo de ese enfrentamiento es una mixtura ambigua que obligó a los campesinos a optar por el control de las tierras por sobre sus derechos laborales, a los hacendados a tecnificar su producción por sobre el control de la fuerza de trabajo, y al Estado, a la concesión de derechos a través de la norma ante el fortalecimiento de un movimiento insurgente.

Sin embargo, una ley tan incompleta y excluyente provocó para los años siguientes la agudización de la agitación y la violencia. El acumulado de la lucha campesina subvirtió el régimen jurídico, asumió plenamente el carácter de disputa política, y reivindicó para sí los derechos conculcados más allá de la ley: “entre 1965 y 1970 fueron frecuentes en todo el país las invasiones de tierras, el secuestro de animales e instalaciones, la obstrucción de caminos y cursos de agua y la resistencia al desalojo” (Iturralde, 1988: 65).

Luego de un proceso de fuerte represión y de pequeñas concesiones legales para desactivar la insurgencia, la segunda reforma agraria se presentaría entonces como el recurso más acabado para concluir el asedio campesino a las haciendas e incorporar a los minifundios al desarrollo capitalista mediante una presencia estatal directa expresada en las agencias de desarrollo rural integral.

A pesar de estos condicionamientos, la resistencia logró esbozar formas campesinas de producción que fueron adquiriendo “una mayor autonomía respecto al control del suelo y la utilización de la mano de obra familiar, agudizándose al mismo tiempo su dependencia del mercado, la vinculación con el Estado y la participación

de la cultura nacional hegemónica” (Iturralde, 1988: 51).

Esta situación produce un conglomerado social que no se moderniza para formar pequeñas empresas agrícolas y que se rehúsa a la descampesinización. De hecho, en los momentos de crisis del capital, la unidad productiva campesina se torna un refugio de supervivencia.

La construcción del sujeto político a partir de la emergencia y acumulación de los sujetos colectivos

El “habitus” a partir del cual se va proyectando y acumulando la resistencia hasta adquirir su propia subjetividad, primero como respuesta y después como intento de avanzada frente al capital, incorporó en su lucha dos frentes importantes. Primero, la apropiación del conocimiento construido por el otro, ya sea bajo la figura de educación, formación, o capacitación (tecnocratización) y, segundo la constitución de un movimiento a partir de un sostenido proceso federativo. Proyectados desde una estructura comunal, como núcleo duro de su reproducción material e ideológica, los campesinos indígenas fueron configurando federaciones para articular sus demandas y relacionarse, con el Estado y los terratenientes, Este proceso organizativo también sirvió para encontrarse coyunturalmente con sus “aliados naturales” de clase, y sobre todo, para dar cuerpo a la conformación de movimientos regionales y a la construcción de un movimiento nacional.

De esta manera, los campesinos indígenas, sus formas identitarias y de organización devienen sujetos

colectivos. En efecto, a partir de sus luchas fueron tomando “conciencia de sus condiciones materiales y simbólicas de existencia, que actúa –en la representación– como elemento productor del cambio generando un comportamiento de sujeto histórico transformador” (Valero, 2000:1).

Los ejercicios de contrapoder Surgidos de las prácticas en las haciendas, se trasladaron al espacio de un Estado que hacía de todo, a quien demandaron además, la dotación de servicios básicos y el derecho de acceso a la salud y la educación.

Para fines de los años 1980, cuando la opulencia del petróleo iniciaba su ocaso y cuando la reacción de la burguesía terrateniente arremetía contra cualquier saldo positivo de las reformas agrarias, el encuentro de las organizaciones andinas y amazónicas permite una particular confluencia de las luchas por tierras, territorios y derechos al reconocimiento de las otras identidades que convierten al creciente movimiento indígena en sujeto político nacional. Era potencialmente capaz de liderar y articular las luchas de los otros bloques contrahegemónicos (Bonilla, 2003). Sin embargo, no sería sino hasta 1990 –precisamente cuando la dinámica del capital empezaba a demandar la desestructuración de los estados nacionales en aras de un poder monopólico global– que este sujeto político establecería un quiebre cualitativo fundamental en relación a su proceso histórico.

Con el levantamiento del Inty Raymi, el movimiento indígena se erige como “un sujeto político identitario y con una única voz, la lucha por la plurinacionalidad se convierte en la lucha por el reconocimiento a la diversidad,

por el derecho a existir y pervivir en la diferencia fundamental frente al proyecto de la modernidad y frente a la expansión del capitalismo. La plurinacionalidad pasa a ser el eje estratégico a partir del cual el movimiento indígena articula su discurso, sus prácticas, y sus organizaciones, frente a la sociedad” (Bonilla, 2003:2).

Sin embargo, este cambio sustancial implicó al mismo tiempo, la inversión de los procesos desde la perspectiva del micropoder. Hasta ese momento, la figura de resistencia expresaba primordialmente una dinámica reivindicativa de respuesta a las estrategias de control hegemónico. A partir del levantamiento de 1990, el movimiento indígena establece una estrategia ofensiva: la hegemonía pasa entonces, a reconocer a su adversario y a codificarlo para desestructurarlo.

La década de inicio del ajuste estructural, se encuentra con un movimiento acrecentado, dispuesto a disputar el control del Estado, decidido a luchar por el poder: “La interpelación al Estado Nacional y la posibilidad de constituirse en un movimiento aglutinador de sectores subalternos inaugura una dimensión nueva en las dinámicas organizativas: el acceso al poder; pero, al mismo tiempo otorga un cariz diferente a la propuesta de crítica radical al Estado, e incluso la crítica radical al proyecto de “democracia” que pretende imponerse desde las élites”. (Bonilla, 2003)

Tras su inserción definitiva en el escenario nacional y lograr el reconocimiento del poder como sujeto de derechos y participación, representando intereses definidos de las clases dominadas, el movimiento indígena se involucra en el campo de la democracia burguesa. El movimiento expande sus frentes de

avanzada, y toma para sí el derecho de colocar representantes en el aparato institucional del Estado. Negocia entonces –y alcanza– su participación directa en espacios de decisión, la creación de instancias de gestión pública en ámbitos de educación, salud, y desarrollo dirigidas a los pueblos y nacionalidades indígenas. Se transforma en sujeto ineludible de consulta para la definición de políticas y finalmente, conforma una estructura partidaria que le permite participar en los escenarios electorales.

El movimiento político, empieza entonces a ocupar espacios de representación en el régimen político, que fueron ocupados históricamente en lo local por los terratenientes. Estas instituciones políticas podían ayudar a ampliar los territorios, captar recursos para la redistribución, tomar decisiones medianamente autónomas, es decir, eran una oportunidad de construir espacios propios de poder local. Todo ello, sin renunciar a los acumulados históricos, a las estrategias subversivas generadas desde el movimiento social en aras del resquebrajamiento hegemónico.

La crisis estructural a comienzos del nuevo siglo, se encuentra con un movimiento aglutinador y expansivo, de múltiples cabezas, copando todos los espacios, extendiendo sus estrategias desde la insurgencia hasta la institucionalidad, arrinconando a las clases hegemónicas en un momento de alianzas debilitadas, interpelando incluso, al nuevo poder global. Estos avances significaron, sin embargo, al mismo tiempo, renunciar al debate y construcción permanente de un proyecto político efectivamente articulador de las otras subalternidades, efectivamente intercultural, conminado a responder coyunturalmente las réplicas de las burguesías; significó también descuidar los núcleos de acumulación en las bases y renunciar a la formación de cuadros de relevo que garanticen la continuidad de la avanzada.

El movimiento indígena, ese tejido gigante armado durante décadas de acumulación, empezaba a mostrar agujeros en su entramado, costuras inconclusas, por donde el poder reconfigurado y con cara de Estado global encuentra posibilidades para la contraofensiva.

EVOLUCIÓN HISTÓRICA DEL ESPACIO LOCAL A PARTIR DE LA REFORMA AGRARIA

El largo recorrido planteado en este trabajo ha tenido la pretensión de visualizar y entender, las respuestas que en Cotopaxi han generado las Organizaciones de Segundo Grado, las estrategias de modificación de sus lógicas internas y sus formas de acceso a los recursos en un escenario marcado por el progresivo desmantelamiento de sus fuentes materiales de reproducción.

Al margen de las particularidades de cada organización de acuerdo a sus contextos específicos históricos y geográficos, en términos generales éstas emergen como fruto de un proceso de acumulación organizativa que se venía gestando en el marco de las transformaciones agrarias en el país. Casi todas las organizaciones de la Sierra formaron sus cuadros y fortalecieron sus procesos y demandas con el soporte de la Iglesia Liberadora y los partidos de izquierda. La clausura de las reformas agrarias y la consolidación de un proyecto neoliberal para el agro –con retirada del Estado incluida–, la derechización de la iglesia y el apareamiento del discurso del desarrollo rural, van provocando transformaciones importantes en las dinámicas organizativas.

A raíz de estos hechos, los estudios campesinos dejan de ser un tema relevante para la intelectualidad. La inexorabilidad de la historia se vuelve unav verdad, la injusta distribución de la tierra y los recursos, es decir los temas agrarios, quedan clausurados. La sociedad nacional mira al movimiento

indígena únicamente a partir de sus planteamientos étnicos. El mismo movimiento empieza a mirarse desde ese espejo distorsionado.

Entre tanto, en lo local, las OSG`s asumen el desafío de la disputa cotidiana del espacio y la representación. Los terratenientes se “desvanecen” como la figura clara del poder a combatir. En su lugar, el Estado y sus múltiples instituciones establecen los términos de la relación con el campesinado. Las OSG`s se verán abocadas a demandar y negociar con éstas el acceso a servicios básicos y la transición a la modernidad, tratando en el intento de defender las conquistas de la vía campesina, la permanencia de su otredad, la pervivencia del sentido comunitario de la vida, tan poco funcional al capital. Finalmente, la cruzada civilizatoria –una vez retirado el Estado– es asumida por las ONG y sus discursos del desarrollo, que introducen nuevos mecanismos de restricción ya no al acceso, sino al control del espacio local y sus recursos. En contra partida, las organizaciones refuncionalizan nuevamente su rol incorporando y resemantizando los nuevos discursos, agregando nuevas herramientas de negociación, fundadas en la tecnocracia.

Para el caso particular de la región interandina de Cotopaxi, hemos seleccionado tres organizaciones (UNOCANC, JATARISHUN y UOPICJ) con las que llevamos algún tiempo trabajando. A partir de esos tres casos trataremos de aproximarnos a

los distintos procesos de configuración espacial después de la reforma agraria.

Las tres organizaciones aglutinan comunidades que ocupan diferentes pisos altitudinales, en donde se desarrollan producciones agrícolas y pecuarias diferenciadas. Las tres disponen de extensiones territoriales significativas, que rebasan las delimitaciones impuestas por la división política nacional, es decir, se extiende más allá de los límites parroquiales, e incluso cantonales de la provincia. Las tres se encuentran ubicadas en la cordillera occidental y ocupan importantes extensiones de páramos, siendo las principales proveedoras de agua para riego y consumo tanto para sus propios cantones como para los colindantes

Estas organizaciones tienen adicionalmente, la particularidad de haberse conformado en diferentes momentos históricos respondiendo a las nuevas dinámicas de acumulación del capital, y a los distintos discursos de desarrollo que sobre ellas, se han venido imponiendo.

Lo andino, la hacienda y el desarrollo local” en la construcción de imaginarios y espacios

Para entender las percepciones del espacio y el territorio, manejadas desde las organizaciones, nos planteamos revisar los elementos ideológicos construidos a partir de tres temas: a) Las formas ambiguas, desarticuladas, subterráneas, de concebir el espacio, el territorio y los recursos que persisten, en el mundo andino se reconfiguran y constituyen potenciales de resis-

tencia. b) La hacienda por su parte, ha dejado marcado en el imaginario campesino formas de entender el territorio, la propiedad, el uso de los recursos, los derechos y la posesión sobre los mismos. c) Finalmente, el desarrollo trae sus propias formas de entender estos mismos espacios y construye los discursos de la concertación, el manejo sustentable de los recursos naturales, y configura así nuevos espacios simbólicos.

Estos tres ejes atraviesan transversalmente, tres momentos de construcción espacial a nivel local en la disputa por el control territorial.

Primer momento: El habitus comunal, el campo del modelo hacendatario

Tratando de capturar espacialmente el período entre las reformas agrarias, encontramos encapsulados localmente los principales componentes de la microfísica del poder; es decir, las maneras específicas en que los terratenientes plantearon el control territorial y político, así como las formas de ocupación subalterna (resistencia-avanzada) del campesinado.

En el Corema 1 encontramos el patrón básico de organización espacial hacendatario: un espacio local con territorialidades definidas por los límites de la hacienda, dentro y en torno los cuales, se configuraron territorialidades comunales de menor extensión, pero bastante definidas.

Un modelo fundamentalmente endógeno cuyo conjunto se vuelve tributario y funcional a la formación socioeconómica supra local; pero que hacia adentro establece un conjunto de relaciones jerárquicas fundamentales para su reproducción

y al mismo tiempo, para la acumulación campesina.

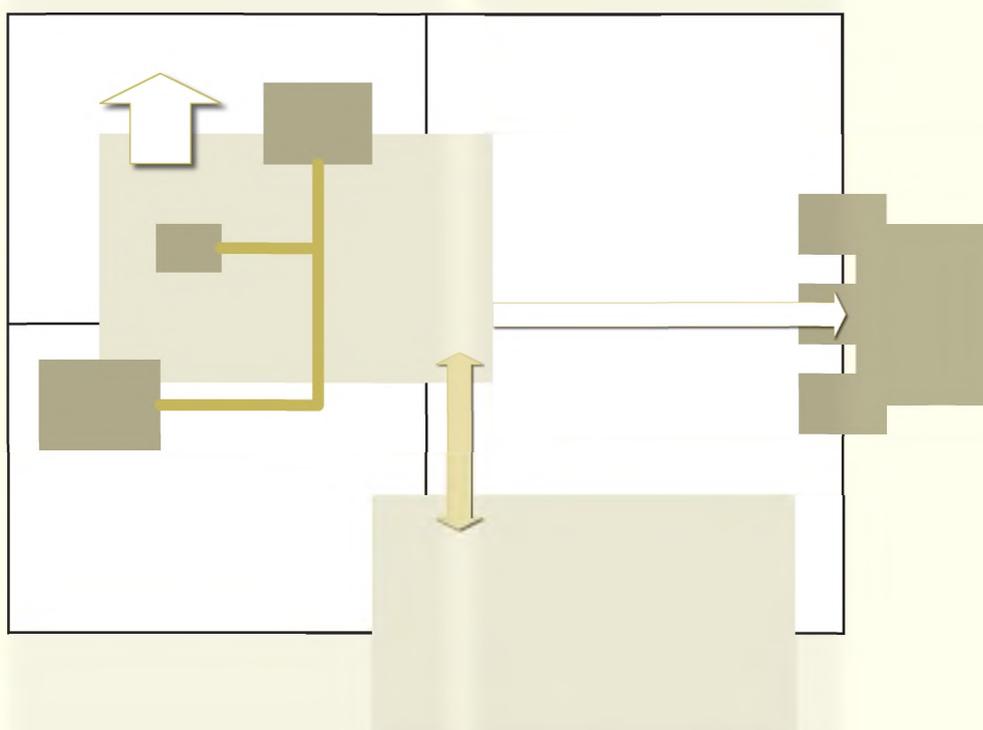
Las haciendas locales establecen vínculos sociales y económicos para garantizar el autoabastecimiento. Hacerlo es estratégico para enfrentar la arremetida modernizadora y las crisis o presiones externas. El espacio nacional, aunque existente, parecería no tener presencia.

Las comunidades campesino-indígenas se relacionan no a un poder estatal centralizado y a sus instituciones, sino a ámbitos económicos y de poder específicos, signados por la presencia de las clases dominantes locales y dominados por el hacendado (Chiriboga, 1993). El régimen político se ubica, se expresa y se ejerce dentro de la localidad, tiene rostro de cura, de teniente político; el presidente del Concejo, tiene nombre de hacendado.

El gráfico también intenta explicar la intensidad de las interacciones comunales intra y extra hacienda, que definen al territorio como espacio de vida, como espacio vivido, ejercido, controlado, negociado. De esta manera, las haciendas y sus territorios se encuentran atados a la dinámica comunal y no solo a la inversa. Desde la subalternidad, los campesinos también manejan territorios y recursos, claramente definidos en los límites comunales y difusamente configurados en su imbricación con el territorio de la hacienda, donde el acceso a recursos atraviesa por una permanente negociación con altas dosis de ritualidad.

Lo andino se expande acumulando en su interior las lógicas productivas y de ocupación territorial de la hacienda. En una dinámica dialéctica, la comunidad reproduce su universo simbólico e ideológico y las unidades campesinas replican las prácticas hacendatarias, llegando incluso a competir con ellas

Corema 1



en el mercado interno. El ámbito de la circulación comunitaria –y en buena parte también hacendaria–, ocurre de espaldas al capital (aunque no de los mercados)¹⁰. El territorio comunal se ordena de manera que resulta una réplica de la hacienda.

En el modelo graficado, la transversalidad y la inmediatez de la resistencia conceptualizada por Foucault, permiten al campesino una enorme movilidad y ampliación de sus espacios al interior de la estructura de poder. Favorecen así no solo la lucha por el acceso a los recursos, sino por el derecho a la diferencia desde una defensa de la colectividad. La vida comunitaria pervive a los intentos de aislamiento (Olmo Brau, 2000).

El modelo se resquebraja por las insostenibles presiones externas procuradas por la transición al capitalismo. Se abre una coyuntura favorable para que, al interior de la estructura de sometimiento, se gesticule un proyecto propio de configuración espacial articulando los recursos existentes. Las interacciones comunales señaladas, permiten la conformación de federaciones locales (OSG's) y las figuras de la mediación de doble vía descritas en el capítulo 4, devienen en agentes de representación y disputa de abajo hacia arriba, frente al estado y a los terratenientes¹¹.

Segundo momento: Un mutilado proyecto de producción no capitalista...

El segundo modelo se ubica en el resultado de las reformas agrarias, donde los patrones definidos en el

marco de las transformaciones del modelo se reproducen más o menos de manera similar en todas partes. La unidad espacial se fragmenta, aunque las interacciones permiten el mantenimiento de territorialidades más o menos definidas.

Los campesinos acceden a la tierra y en cierta forma, a través de la representación federativa (OSG's), mantienen un control territorial a partir de la propiedad comunal. Ese control resulta visible para este momento, y logra establecerse en tanto continúa el ejercicio de relaciones sociales y simbólicas intercomunitarias (aunque mediante canales parcialmente modificados), a las que se incorpora el sentido clasista otorgado a la lucha por la consecución de los medios de producción. Se amplían los espacios de relacionamiento con formas organizativas extra locales.

La hacienda reduce sus territorios, incorpora tecnología y nuevas formas de relación laboral, más acordes con su inserción definitiva al capitalismo. Los terratenientes mantienen el control del régimen político local, y amplían sus espacios de representación y regulación hacia localidades mayores. Las redes de relaciones hacia adentro se debilitan casi por completo, mientras se amplían y diversifican las interacciones y alianzas con el espacio nacional. Paralelamente el poder pasa a ser compartido con la institucionalidad del Estado que irrumpe con su oferta de servicios y tecnología para tratar de dominar un escenario desestructurado, donde los campesinos deben quedar sujetos al capital.

10 Véase Trujillo, Jorge, La Hacienda Serrana 1900-1930, IEE-ABYA YALA, Quito, 1986.

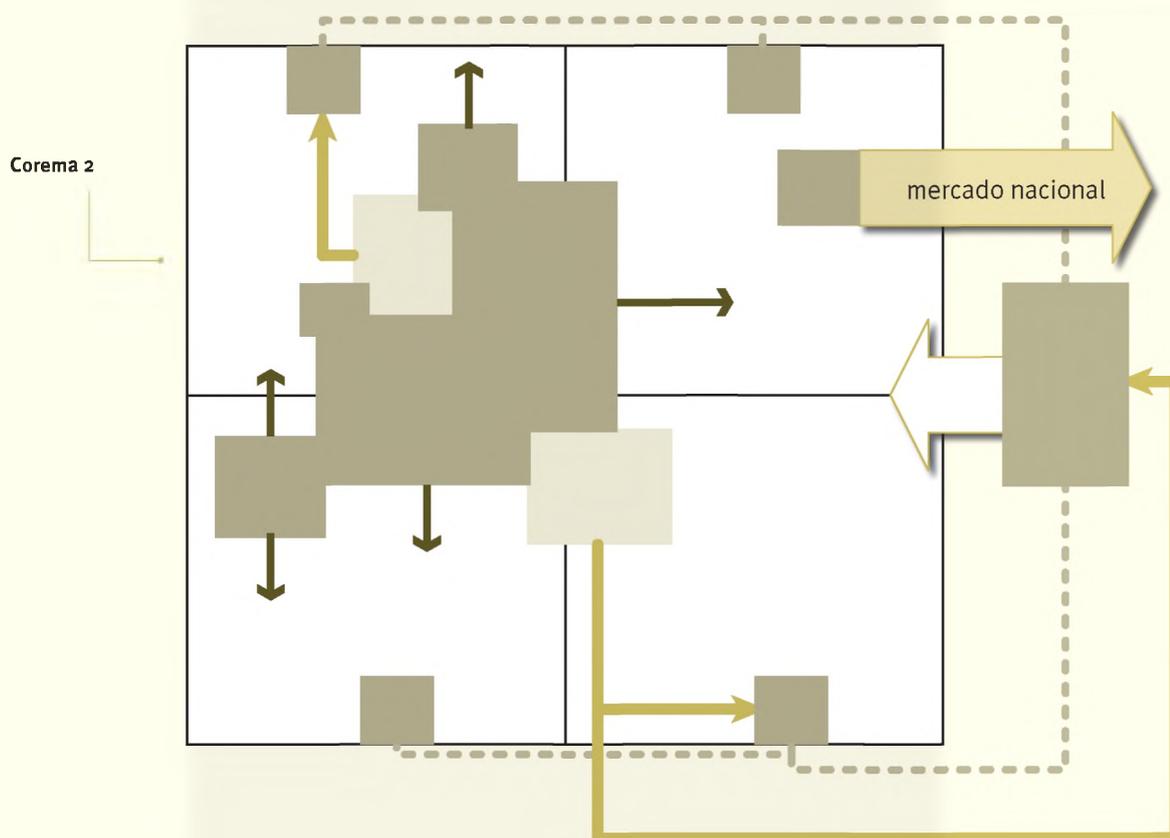
11 En lo simbólico, los roles conductores y de mediación de asignados durante la hacienda a regidores kipus son refuncionalizados, de modo que los primeros –guías espirituales y políticos– devendrían en cabildos, y los segundos –intermediarios letrados– en dirigentes de las OSG.

Las ciudades adquieren una nueva dinámica, nuevas formas de vinculación de la oferta laboral, se refuncionaliza su rol como mercado local, transformándose definitivamente en el espacio de extracción de la renta campesina para la reafirmación como territorio blanco-mestizo.

Los componentes ideológicos andinos y políticos campesinos, permiten por un momento, dibujar un espacio donde las comunas, bajo la representación de las OSG's, definen una organización descentralizada pero articulada por la reciprocidad y redistribución de producciones colectivas y circulación no capitalista. Las tierras, entregadas individualmente a familias y comunas, mantienen unidad territorial puesto que pasan a formar parte de un conglomerado más o menos homogéneo que federa recursos, sistemas productivos, identidades y demandas.

La UNOCANC y su vía campesina, se conforma durante este período. La dinámica federativa parte de una subjetividad de clase recientemente adquirida. Bajo la figura de cooperativas agrarias, las primeras alianzas productivas y territoriales serán capaces de aglutinar inmediatamente a las comunidades circundantes a quienes se apoyó en su proceso de recuperación de la tierra. Los aprendizajes acumulados en la lucha, los cuadros formados como clase, serán una pieza clave para consolidar una alianza colectivista que permita un mayor control espacial para enfrentar el poder que se desplaza.

El imaginario de la hacienda, sin embargo, define la distribución del espacio productivo comunal. Para el caso de la UNOCANC, por ejemplo, las comunidades y cooperativas asumen los nombres de la hacienda o sus sectores, e inician producción



con especializaciones para el mercado y reductos de auto consumo. La hacienda hereda al campesinado su forma de entender el territorio: aún contando con tierras marginales y de mala calidad en algunas comunidades, la producción agrícola se mantendría en las tierras bajas y los páramos continuarían siendo territorio comunal de pastoreo, recolección y área de reserva. Sin embargo, los campesinos mantendrán una agricultura colectiva –y territorios destinados para ello–, hasta sucumbir a las presiones del mercado que los impulsan a la fragmentación interna y a la privatización.

En un momento de construcción de un nuevo espacio, en el que el campesinado disputa el control territorial y la posibilidad de una agricultura autónoma, el poder ubica el escenario de disputa en el “desarrollo rural”.

El Estado inicia una cruzada de sujeción campesina al capital, a través de la oferta de modernidad, presionando a las OSG's a reconfigurar discursos y estructuras que habían nacido para consolidar el control sobre las tierras recientemente adquiridas y para liderar un proceso productivo no capitalista. De esta manera, el Estado explota el rol mediador asumido por estas organizaciones para transformarlas en responsables de la consecución de servicios y asistencia técnica.

La historia de la UNOCANC ilustra claramente este patrón: bajo el lema de “Tierra, justicia y libertad”, esta organización que acompañó las luchas campesinas por el control de los recursos productivos y la construcción de derechos, experimenta una rápida transformación funcional que responde a un proceso de sometimiento al mercado. El acceso a la

educación como nuevo recurso de acumulación y resistencia, produce al mismo tiempo ejecutores de la modernidad. Los cuadros “ilustrados” se convierten en vehículos para la introducción del paquete verde promovido por el capital, el discurso de la producción individual para el mercado y la sustitución de la insurgencia para la obtención de nuevas tierras por la figura mercantil de la compra. El sujeto colectivo es presionado a su formalización/ individualización.

El discurso del desarrollo, se erige en el nuevo poder ubicuo, más amplio, con rostros de mercado, de agencias estatales y de gobiernos locales con nombre terrateniente.

En síntesis, lo que pudo constituirse como un modelo de producción contra hegemónico debió enfrentar la presión de la incorporación al mercado y del discurso de la producción privada y la modernidad (paquete verde, sobreexplotación de recursos, monocultivo, privatización de tierras). La insurgencia cede ante las presiones de negociación y su consagración legal (Ley Agraria de 1994). Los derechos, sin haber sido conseguidos a plenitud, se vuelven un tema dado y por tanto, clausurado.

Sin embargo, las recomposiciones internas de las OSG's les permitieron mantener el acceso a los recursos productivos y continuar la disputa por el control del espacio. La UNOCANC por ejemplo, a pesar de su opción por el fortalecimiento de un discurso tecnocrático, mantuvo un discurso político, que fortaleció la interlocución e incidencia de la organización, como ejes fundamentales de cohesión, identidad y movilización. En cierta forma se preservó el discurso, del control del espacio y los recursos.

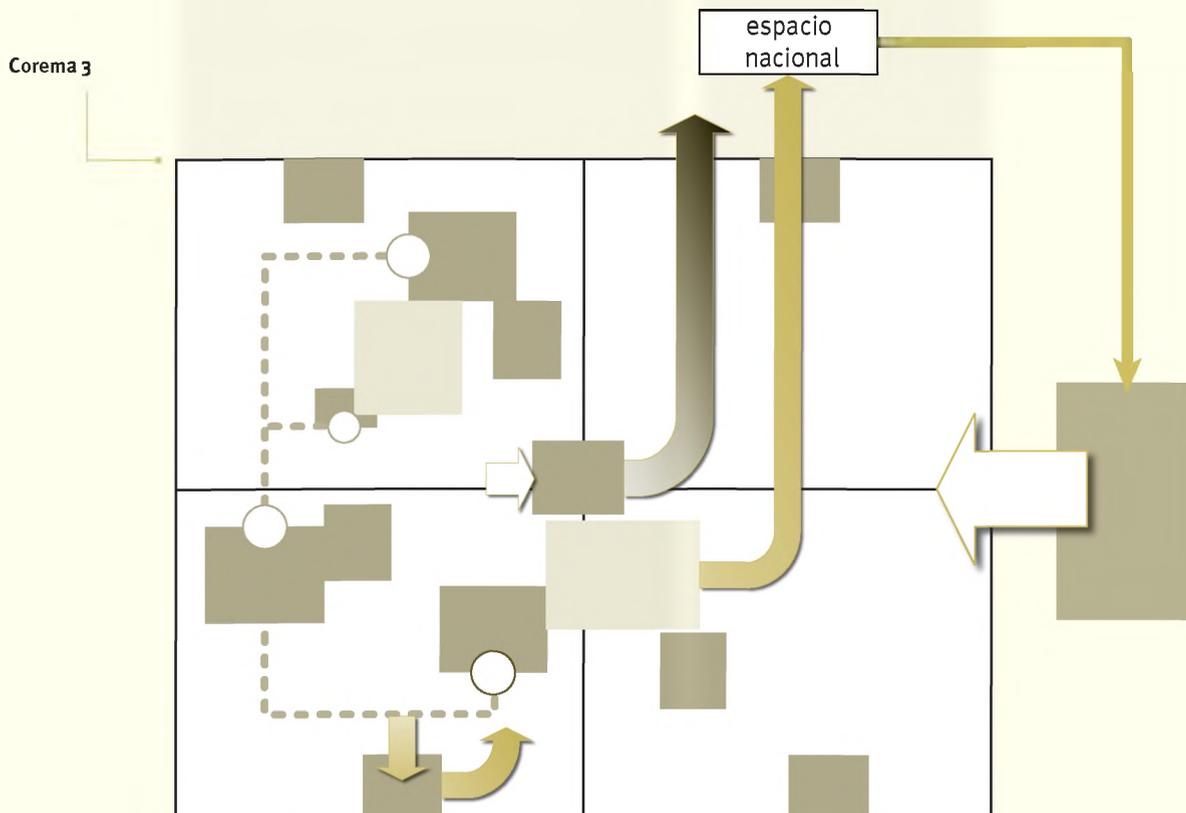
Tercer momento: los múltiples frentes de la subalternidad

El tercer momento describe la expansión del espacio nacional, la contracción del espacio local y la fragmentación del espacio campesino. El poder hegemónico nacional resulta ubicuo, intangible, invisible. Bajo la forma de agencias de desarrollo estatal y no gubernamental, mercado ampliado o gobierno local, el capitalismo avanza y se posiciona en las lógicas productivas campesinas para determinarlas.

Desde la subalternidad, este hecho significó abrir demasiados frentes. Las formas de acumulación espacial del poder se van legitimando y definiendo patrones de respuesta, marcados por la necesidad de reforzar las instancias de representación, mediación y negociación.

El rol mediador adquiere tal especialización, que separa las OSG's como estructura, de la organización territorial. Se vulneran –aunque no destruyen–, los mecanismos internos de decisión y consulta, con lo cual, las tecnologías de disciplinamiento se van introduciendo en la dinámica organizativa. Se sacrifica el control por la gestión del espacio.

El gráfico nos muestra propiedades agrícolas capitalistas vinculándose directamente al mercado nacional. Algo similar se produciría en relación a la representación política: el dominio directo a través del gobierno local ya no es funcional ni necesario. En su lugar, las organizaciones campesinas ocupan el espacio descuidado como un nuevo mecanismo de acceso a recursos, servicios y herramientas de redistribución local.



El mercado incrementa la extracción de renta y la dependencia campesina de la producción externa. Los centros poblados rurales disminuyen su dinámica, la población blanco mestiza se desplaza a urbes mayores, manteniendo el control espacial de las ferias y la oferta de productos externos para el consumo interno.

La primacía de la tierra individual por sobre el territorio colectivo se torna visible y hace imposible un ordenamiento productivo por parte de las organizaciones. La base material de reproducción colectiva, se desestructura, aunque sus bases sociales y simbólicas se mantienen y extienden. El proceso federativo avanza y se consolida en los espacios provinciales y nacionales.

Este es el escenario en el cual emerge la Jatarishun. A diferencia de la UNOCANC, su acumulado histórico no parte de la lucha por la tierra, sino del discurso del desarrollo. Aunque la reivindicación de los derechos a la educación, salud, infraestructura básica y sobre todo, a la otredad, son compartidos. La Jatarishun se constituye en un territorio fragmentado con escasos recursos en acelerado proceso de degradación.

El mismo escenario al que se enfrentan las dos organizaciones, provoca respuestas distintas a partir de sus distintos acumulados históricos.

La UNOCANC fortalece su capacidad de mediación en aras de consolidar un proceso educativo propio como herramienta de resistencia y constitución de nuevas formas de enfrentamiento al poder. Amplía la cobertura de infraestructura básica en las comunidades; pero fundamentalmente, direcciona con éxito sus esfuerzos a la consecución de proyectos

productivos de las organizaciones no gubernamentales.

Aunque ese proceso le significó el sometimiento al discurso del desarrollo y su articulación desventajosa y voluntaria a la dinámica del mercado, también le permitió mantener y fortalecer un discurso político campesino con identidad étnica, a partir del cual ha consolidado su red de relaciones intra e intercomunales y su legitimidad frente a las bases. Con estas herramientas ha podido posicionar su presencia dentro del Movimiento Indígena provincial y nacional. Por otro lado, no ha renunciado del todo a la posibilidad de controlar sus territorios y acceder a las tierras privadas circundantes.

Finalmente, desde la sujeción al discurso tecnocrático, ha mantenido una presencia activa y directa en las comunidades y ha conformado cuadros propios, Todo esto le dota de un mínimo margen de autonomía a los procesos productivos a través de esfuerzos permanentes (no siempre exitosos) de resemantización y politización de ese discurso.

La Jatarishun por su parte, no ha logrado estructurar desde la educación un espacio de generación de cuadros, ni políticos ni tecnocráticos. La gestión del desarrollo que asume, se vuelve por tanto, completamente dependiente de las agencias no gubernamentales, Sin embargo, las redes de relacionamiento andino continúan funcionando y fluyendo de manera paralela, como si la mediación del desarrollo funcionara como una suerte de pantalla protectora.

La historia de la Jatarishun, no registra procesos de lucha por la tierra en la formación de esta OSG¹².

Su constitución más tardía, respondería a condicionantes históricas distintos. Nacida con el impulso y a la luz de las herencias de la iglesia de los pobres, en un escenario para entonces ya dominado por el discurso del desarrollo y sus agencias, la Jatarishun resulta una especie de hermana menor de las OSG's. Expresa en su dinámica interna –y de alguna manera, también en su estructura externa–, las paradojas dejadas por la salida de los discursos reivindicativos clasistas y la entrada de las ONG's. En su interior, los movimientos paralelos, autónomos, funcionan más activa e informalmente que las construcciones de la representación.

Sin embargo, parecería existir una lógica de funcionamiento de comuna (extendida), en donde la directiva del cabildo asume todo el peso del *gestionamiento* hacia fuera y el ordenamiento del trabajo hacia dentro. Lógica que devela el enorme abismo existente entre las capacidades y aprendizajes generados por los procesos históricos comunales y las respuestas dadas a los requerimientos exteriores del “desarrollo” y la “gestión local” en los que la organización se ve inmersa tardíamente.

La legitimidad de su representación no pasa exclusivamente por el modelo de desarrollo y sus condicionamientos. Existe un conjunto de prácticas y “hábitos”¹³ provenientes de las estructuras comunales de interacción, que parecen funcionar de manera subterránea y que se vuelven

visibles en momentos de crisis o tensión.

La Jatarishun vive, al mismo tiempo, la misma efervescencia del desarrollo que vivieron otras organizaciones y su desgaste progresivo, con la mayoría de OSG's esto ha provocado una profunda crisis de orientación y representatividad. Sin embargo, se relaciona con los discursos del desarrollo (género, producción, medio ambiente, ciudadanía) de manera impermeable. No son asumidos, tampoco digeridos y procesados internamente para resignificarlos, aunque en los peores casos devasten sus bases materiales de reproducción social.

El escenario trazado en el corema, grafica con bastante aproximación lo que ocurre en Saquisilí. Con territorios fragmentados y en medio de una crisis ecológica, la organización encuentra en la captación del gobierno local, la posibilidad de expandir su espacio de control y redistribución de recursos.

La ocupación de facto del territorio urbano y de la institucionalidad de gobierno, no significa necesariamente el control del espacio y del poder. La experiencia de la Jatarishun, evidencia una expansión viciada de debilidades previas. Entre ellas destaca la falta de formación ideológica y proyecto político claro que impida la reproducción de los vicios hegemónicos y posicione una propuesta autónoma. La debilita también la no consolidación de un control mínimo

12 Exceptuando Yanahurco, con una temprana vinculación a la FEI en la lucha por la tierra, pero esta comunidad y sus sectores pertenecían hasta hace algunos años a la UNOCANC, y sus dinámicas se corresponden más con las de esta organización.

13 Utilizamos estos términos debido a que, desde los niveles de inserción de Heifer, no se ha podido visualizar un sistema, una lógica en este funcionamiento, es posible que exista pero no se ha logrado una lectura suficiente que de cuenta de éstos, ni de los códigos, canales y redes que los sustenten.

del territorio y los recursos asignados a la organización así como la ruptura de los mecanismos de legitimidad que dan fuerza a la representación de la OSG. A ello se suma la falta de cuadros propios que, han impedido el control del nuevo espacio para consolidar el proceso redistributivo.

Desde la ocupación de la alcaldía por parte de la Jatarishun hace ocho años, el escenario del poder local de Saquisilí deja la impresión de un estado de “tablas” permanente, en la lucha por el acceso pleno a los espacios de decisión. Aparentemente, la Jatarishun no ha sido capaz de levantar una sola propuesta cantonal de desarrollo ni ha respondido con la celeridad, eficiencia o iniciativa suficientes frente a las propuestas de su alcalde.

Si revisamos lecturas de la Jatarishun realizadas en los albores de la gestión india, encontramos señaladas las mismas fortalezas y carencias que podemos distinguir ahora, siete años más tarde:

“No obstante esta gran capacidad de convocatoria y representación, así como su progresiva y ascendente presencia en el escenario político local, la Jatarishun mostraba débiles capacidades de propuesta ante la gestión municipal y una ausencia de iniciativas para dismantlar las estructuras tradicionales existentes”.

“Le queda aquí a la Jatarishun cumplir un papel fundamental: dimensionar su nueva posición dentro de la correlación de fuerzas local y el espacio ganado y ocupado, para llevar adelante más conscientemente, las iniciativas de concertación pendientes en el cantón, así como ani-

mar, desde el Concejo y el CDC las transformaciones estructurales que se demandan.”

Los desafíos siguen siendo los mismos, y fueron señalados como imprescindibles para modificar las estructuras cantonales o cuando menos, sostener la presencia indígena. Mas, como si hubiésemos asistido a un paréntesis temporal, las condiciones continúan siendo, en esencia, similares. Lo curioso en este caso, es que a pesar de que la Jatarishun no ha superado sus carencias ni asumido sus retos¹⁴, aparentemente tampoco habría perdido espacios.

El esquema presentado permite en unos casos, facilita en otros, pero en ninguno impide, que la Jatarishun desarrolle un amplio abanico de relaciones, que le permiten mantener y hasta posicionarse en otros escenarios.

La Jatarishun se las ha arreglado para contar siempre con representantes o delegados en instancias burocráticas atinentes, sobre todo, a los “temas indios” (dirección provincial de EBI, salud indígena, tribunal electoral) y ha peleado exitosamente su representación en el MICC. Esta descripción, no considera la calidad de la representación que, desde una perspectiva convencional, no pasaría ni la más superficial evaluación analítica, menos aún política. Sin embargo, es necesario darle una lectura cuidadosa para explicar la importancia que la organización le otorga a esa representación, el tipo de resultados que le proporciona, y la presencia permanente de la Jatarishun en los escenarios local y provincial. Recalco una

¹⁴ Baste mirar los roles asignados a la Jatarishun para la plena ejecución del plan cantonal de desarrollo, que sin ser ambiciosos, vistos ahora resultan excesivos para lo que puede asumir la organización.

vez más que esa amplitud de representación en los espacios políticos se combina con una falta de cuadros políticos o técnicos, o de capacidades de propuesta. La diferencia con la UNOCANC es patente, puesto que esta última también disponen de una red de relaciones y posiciones hacia fuera de su localidad, pero se esfuerza por explicitar la organicidad política de su adscripción a las mismas.

Vale señalar, que en este mismo escenario planteado por el corema, las redes de relaciones que históricamente las comunidades y organizaciones han ido cultivando, se mantienen aunque se modifican parcialmente en sus sentidos y funcionalidad.

Cuarto momento: la desmembración total de las bases materiales e ideológicas de reproducción y la conciencia crítica como gestor nuevas posibilidades.

El escenario trazado presentaría una avanzada agresiva del capital en su dinámica de acumulación extrema. Un estado desmantelado, el mercado global empujando las puertas campesinas y un movimiento indígena debilitado por la cooptación de la representación política. El poder se desvanece en lo local pero ejerce dominio sobre éste desde lo global. El discurso del desarrollo se erige como la herramienta ideológica fundamental dentro de los procesos de expansión capitalista, cumple un rol desactivador de los acumulados movilizados de los sujetos colectivos, se encarga del ocultamiento de las contradicciones fundamentales que sostienen esa expansión, y amortigua los impactos de la expropiación. Sin embargo, para la resistencia existen posibilidades

de recomposición de fuerzas, dado que las contradicciones fundamentales del capital no han sido tocadas, por el contrario se han agudizado con la reapropiación de tierras, la expropiación del agua y la liberalización de mercados que presiona a una acelerada descampesinización.

En este escenario nace la UOPICJJ, despojada de los acumulados históricos de lucha, pero heredera de un fuerte componente identitario. Tratando de gestionar los recursos del desarrollo para utilizarlos en función de constituir ejes movilizados que contribuyan al control territorial de sus bases, convive con las formas remozadas de explotación laboral de las agroempresas asentadas localmente, mientras busca alternativas productivas para emancipar esa fuerza de trabajo.

Utilizando un esquema similar al tutelaje inicial de la Iglesia Católica en la conformación de las organizaciones de segundo grado en los años 1970 e inicios de 1980, aunque imprimiendo un control más riguroso, el PDA¹⁵ promueve a la UOPICJJ y consigue con ello, adicionalmente, revestir de “participativos” sus proyectos de desarrollo. Esta organización le permite controlar los procesos de intervención, avalados por figuras de consulta a la población.

La UOPICJJ nace en el marco del debilitamiento de la Casa Campesina de Pujilí y de un proyecto desarticulador orquestado por Visión Mundial, para lo cual ha recurrido a la ejecución altamente condicionada de proyectos de salud, educación y marginalmente, de producción. Aunque sus bases cotidianamente enfrentan severos

conflictos en torno al control y acceso a los recursos naturales, principalmente el agua, la UOPICJ –carente de las herencias reivindicativas de su progenitora COJACAP–, no ha sabido o no ha podido levantar un discurso aglutinador como representante de las demandas estratégicas de sus comunidades.

El PDA, agencia financiera de las emergentes actorías evangélicas, encuentra terreno fértil en la necesidad de representación existente en las comunidades del Jatun Juigua (siempre definidas con identidad propia al interior de la COJACAP), para expandir las fuerzas de esta tendencia.

Otorgando todavía a los financiamientos externos el poder de resolver las demandas inmediatas de las comunidades de base y mirando a los proyectos como un fin para la legitimación, la UOPICJ ha establecido vínculos en condiciones subalternas, allanándose a los condicionamientos de estas agencias.

Por otra parte, la escisión de la COJACAP, esta todavía en proceso, sobre todo a nivel del imaginario de algunas comunidades de base y de la estructura dirigencial de la organización. Todavía están presentes vínculos históricos que se conjugan con resentimientos propios de la ruptura. Esto da lugar a una relación de conflictividad pasiva, que se manifiesta en la “indecisión” de algunas comunidades respecto a su filiación organizativa y en la vigilancia permanente de la COJACAP, especialmente en aquellos territorios todavía no definidos o en espacios comunes de intervención. Ejemplos que grafican esta vinculación no resuelta, son la interacción de las comunidades de Cuturiví o San Isidro.

El relacionamiento con otros actores en el escenario cantonal, ha movilizó importantes esfuerzos de la UOPICJ. Progresivamente, la OSG, ha venido tejiendo sus propias redes de interacción con otras OSG, incluyendo la misma COJACAP. Esto le está permitiendo proyectar una imagen autónoma y posicionarse más firmemente en el concierto de organizaciones del cantón e incluso de la provincia.

Existe latente una relación de hecho con terratenientes cuyos predios se encuentran en el territorio de Jatun Juigua que, más allá de las interacciones bilaterales con las comunidades vecinas, está siendo vista por la UOPICJ como un tema que debe ser tratado y resuelto. Existe la aspiración de las comunidades por acceder a la posesión de algunas de estas tierras, al tiempo que circundan ideas de negociación extraídas desarticuladamente del nuevo discurso de “servicios ambientales”. En todo caso, aunque recurrentemente circula el tema, no se define aún con claridad, el enfoque y la posición política que regirá esta relación en el futuro. Tampoco se tiene una lectura sobre la posición de los hacendados que permita vislumbrar el peso que éstos le dan.

Por último, la UOPICJ ha otorgado mucho peso a su vinculación con el MICC. Siguiendo los procedimientos estipulados en sus normativas, la UOPICJ ha presentado su solicitud de pertenecer al MICC.

A pesar de las debilidades políticas de sus cuadros y la gran dependencia respecto al PDA, la UOPICJ cuenta en su espacio con ejes movilizados que no se pueden resolver exclusivamente desde los discursos del desarrollo y que se están convirtiendo en un imperativo a ser asumido. Su desafío central es poder generar

debates en torno a las problemáticas no resueltas de agua, tierra y recursos naturales, que susciten una toma de conciencia política en la organización. La UOPICJJ se presenta como un espacio con mucho potencial en la construcción de capacidades críticas y propositivas. Es un sujeto colectivo en potencia.

El territorio que ocupan las comunidades filiales a la UOPICJJ expresa todas las presiones materiales e ideológicas que se ejercen para desplazar a los campesinos de su espacio. La extensión de páramo en manos de las comunidades de la organización bordea las 6 mil hectáreas, de donde proviene el agua que abastece a la población urbana de Pujilí y Salcedo, y el agua para riego de todas las agroexportadoras y todos los pequeños agricultores de la zona baja.

Es en este espacio donde vemos la más injusta distribución del agua en la provincia, donde se observan las prácticas más crudas de flexibilización laboral, y donde se ejercen las más inescrupulosas formas de presión sobre la propiedad comunal y el control de recursos. Al mismo tiempo, constituye un escenario donde las prácticas clientelares y de desarticulación comunal provenientes del gobierno y las ONG's han logrado mejores resultados.

El territorio que se disputa la UOPICJJ, es el que mejor expresa los impactos ambientales y espaciales del modelo de ajuste estructural, claramente definidos por Larrea:

a) “Aumento de la presión económica sobre los recursos naturales, e intensificación de actividades extractivas o cultivos de limitada o dudosa sustentabilidad, en

particular en el sector primario-exportador.

- b) “Exclusión social creciente de los campesinos pobres, e intensificación de problemas ambientales resultantes de la elevada presión social sobre la tierra, como el agotamiento de los suelos, la erosión, la desertificación y el sobrepastoreo.
- c) “Aumento de la presión social sobre los ecosistemas naturales remanentes, y en particular sobre los bosques tropicales, los ecosistemas marinos y de las Islas Galápagos, como resultado del incremento de la pobreza, el desempleo y la inequidad social.
- d) “Debilitamiento estructural del Estado y de su rol regulador ante los efectos negativos de las actividades económicas sobre el medio ambiente, como la deforestación de bosques tropicales y manglares, y la construcción de vías y megaproyectos en áreas frágiles por parte de grandes empresas.” (Larrea, 2001).

Conclusiones

El desafío actual para las tres organizaciones, radica en la recomposición de las fuerzas internas, el retorno a la disputa por el control de los recursos, la lectura crítica y resignificación del discurso del desarrollo. Temas recurrentes como la soberanía alimentaria, el manejo de páramos, o la agroecología –por ejemplo–, acuñados en el discurso del desarrollo ponen en valor el trabajo, el saber y la cultura campesinas. Ellos establecen como primera prioridad la propia reproducción, y colocan en el centro

del proceso productivo a la familia productora. Estos son los gérmenes de la conciencia de sí y para sí que debe ser reconstituida en las organizaciones

El manejo del agua, la resolución de conflictos por adjudicación, el fortalecimiento de las organizaciones de regantes, la distribución del riego, son ejemplos de temas que movilizan fuertemente a las organizaciones. Aprender a hacer técnicamente ese manejo proporciona un cierto nivel de poder, pero aprovechar ese proceso de aprendizaje para darle un sentido de apropiación del recurso para la reproducción campesina, para el empoderamiento de la organización y para la defensa de sus medios de producción frente a otros, modifica el sentido de la movilización.

Estos son los temas a politizar, son los espacios reactivadores de una

articulación estrecha entre las dirigencias y las bases, proporcionan el escenario para fortalecer mecanismos permanentes de consulta y participación para la toma de decisiones. Con ellos se revitalizan las bases simbólicas e identitarias que robustecen la conciencia de los sujetos sociales y ponen en juego las capacidades de lectura política de la realidad y gestión social de las organizaciones.

El conocimiento práctico debe convertirse en plataforma para el conocimiento crítico y transformador. El ejercicio concreto de prácticas resignificadas contribuye a la acumulación de poder en los sujetos, en tanto el desarrollo es usado para impulsar alternativas propias, cambios de mentalidades mediante el desmantelamiento de los discursos dominantes, y la elaboración de propuestas de las organizaciones en los procesos locales desde las organizaciones.

BIBLIOGRAFÍA

- Agudo, Ximena **Tiempo, espacio y poder: las claves metadiscursivas del desarrollo sustentable**, disertación preparada para el Encuentro de la Asociación de Estudios Latinoamericanos, Miami, marzo, 2000. Versión en línea.
- Bonilla, Angel **“Actores sociales para la gestión de los recursos naturales”. Gestión Social de los Recursos Naturales Módulo 5**, Curso de Desarrollo Local con Énfasis en Manejo de los Recursos Naturales, CAMAREN/IEE compiladores, 2003, mimeo.
- Ceceña, Ana Esther **La resistencia como espacio de construcción del nuevo mundo**, versión en línea de un trabajo presentado como ponencia en el seminario *La sociedad mexicana frente al tercer milenio* organizado por la Coordinación de Humanidades de la UNAM del 7 al 10 de septiembre de 1998.
- Deler, Jean Paul **Del espacio al Estado nacional**, Biblioteca de Geografía Ecuatoriana, Ediciones del Banco Central del Ecuador, Quito, 1987.
- Dinerstein, Ana **Subjetividad: capital y la materialidad abstracta del poder (Foucault y el Marxismo Abierto)**, Primeras Jornadas de Teoría y Filosofía Política, 21 y 22 de Agosto de 1998, Facultad de Ciencias Sociales, UBA, Buenos Aires 1998
- Dinerstein, Ana **El poder de lo irrealizado. El corte de ruta en Argentina y el potencial subversivo de la mundialización**, documento en línea, publicado en el Observatorio Social de América Latina (CLACSO, Rio de Janeiro), Septiembre 2001.
- Field, Leonard **“Aspectos político-sociales del manejo de los recursos naturales en la Cordillera Occidental de las provincias de Cotopaxi y Tungurahua”**, en **Estudios Rurales, Antología de Ciencias Sociales**, Luciano Martínez compilador, FLACSO-ILDIS, Quito, 2000.
- H. Consejo Provincial de Cotopaxi **Plan Participativo de desarrollo de Cotopaxi**, HCPC/MICC, 2002.
- Ibarra, Hernán y Pablo Ospina **Cambios Agrarios y Tenencia de la Tierra en Cotopaxi**, Cuadernos de Investigación 3, FEPP, Quito, 1994.
- Iturralde, Diego **“Notas para una historia política del campesinado ecuatoriano”**, en **Nuevas investigaciones antropológicas ecuatorianas**, Lauris Mckee y Silvia Argüello, editoras, Abya Yala, Quito, 1988.
- Larrea, Carlos **Hacia un análisis ecológico de la Historia del Ecuador: hipótesis y propuestas preliminares**, Ecociencia, 2001, versión electrónica.
- Luna, Milton **“Estado: Regionalización Política del Ecuador 1800-1860”**, en **Revista Quitumbe**, Dpto de Historia y Geografía PUCE, Quito, 1987

-
- Martínez, Cris **Actorías y Sujetos Colectivos**, 1998, documento en línea.
- Míres, Fernando **Entre el Estatismo y el Neoliberalismo**, página virtual
Discutiendo a Pierre Bourdieu, documento en línea
- MICC **Movimiento Indígena y Campesino de Cotopaxi-MICC. Historia y Proceso Organizativo**, Lourdes Tiban, Raúl Ilaquiche y Eloy Alfaro R. compiladores, Latacunga, 2003.
- Núñez, Ana **Los unos y los otros en la lucha por la apropiación del espacio**, Ciudad Virtual de Antropología y Arqueología, recursos de investigación, congreso virtual 2000, documento en línea.
- Núñez, Jorge y Wilson Vega editores **Historia y Espacio en el Ecuador**, Casa de la Cultura Ecuatoriana "Benjamín Carrión", 1998.
- Olmo Brau, Carlos **Michel Foucault: poder, autonomía, rebelión**, página virtual: Cuaderno de Materiales Filosofía y Ciencias Humanas, Madrid, 2000, documento en línea.
- Ospina, Pablo "Esquemas para una breve historia del espacio ecuatoriano", **Historia del Espacio Módulo 2**, Curso de Desarrollo Local con Énfasis en Manejo de los Recursos Naturales, CAMAREN/IEE compiladores, 2003, mimeo.
- Pachano, Simón **Pueblos de la Sierra**, PISPAL-IEE, 1986
- Quintero, Rafael, edit. **La Cuestión Regional y el Poder**, Proyecto FLACSO-CERLAC III, Biblioteca de Ciencias Sociales, Vol. 29, Corporación Editora Nacional, Quito, 1991.
- Rainbow, Paul **Naturaleza Humana: Justicia versus poder**. Documento en línea, s/f.
- Tiscornia, Sofía "Relaciones de poder y dominación. La microfísica del poder", en **Apuntes de Clases Teóricas, Antropología Sistemática I: Organización Social y Política**, 2003, documento en línea.
- Turner, Mark "Políticas campesinas y haciendas andinas en la transición al capitalismo: una historia etnográfica", en **Etnicidades, Antología de Ciencias Sociales**, Andrés Guerrero, compilador, FLACSO-ILDIS, Quito, 2000.
- Trujillo, Jorge, **La Hacienda Serrana 1900-1930**, IEE-ABYA YALA, Quito, 1986
- Valero, Alfonso "**Sujetos Colectivos**" en **Diccionario Crítico de Ciencias Sociales**, Madrid, 2000, documento en línea.
- Valencia, Hernán, "**Visiones del Desarrollo**", Introducción al Desarrollo Local Sustentable Módulo 1, Curso de Desarrollo Local con Énfasis en Manejo de los Recursos Naturales, CAMAREN/IEE compiladores, 2003, mimeo.